

GEOGRAFÍA Y MAGNITUDES DEL HAMBRE

En este punto daremos unas pinceladas a la geografía del hambre, tratando de explicar cuántos son los afectados por el problema, en qué países viven y qué evolución cronológica ha seguido el problema.

Según los últimos datos ofrecidos por la FAO (2004), en los años 2000-2002 había en el mundo un total de 852 millones de personas desnutridas crónicas. Estas cifras han puesto de relieve un hecho muy preocupante: desde 1995-97 hasta ese momento, el número de hambrientos crónicos ha aumentado en 28 millones, rompiendo una tendencia existente durante las dos últimas décadas hacia su disminución, lenta pero constante. Este deterioro de la situación se ha concentrado sobre todo en la India, pero también en el Próximo Oriente y en el África Central.

En ese momento, la gran mayoría de las personas subnutridas, 815 millones, vivían en los denominados países en vías de desarrollo, 28 millones en los países en vías de transición (antiguos países socialistas de Europa y ex-URSS) y 10 en los desarrollados.

Como se desprende de la gráfica anexada, el hambre crónica considerada en términos absolutos es un problema eminentemente asiático, mientras que en términos relativos es más bien africano. En efecto, si bien la mayor parte de las personas hambrientas viven en Asia (519 millones, sin contar los del Próximo Oriente), a nivel mundial los porcentajes más altos de personas hambrientas respecto a la población de cada país, y por tanto el impacto más grave en cada sociedad, se da en el África Subsahariana, donde una de cada tres personas está desnutrida.

En otras regiones pobres, como América Latina o Norte de África y Próximo Oriente, las tasas del problema son menos graves, aunque en algunos lugares, por ejemplo de Centroamérica, sí puedan serlo.

Refiriéndonos al África Subsahariana, hay que subrayar que la situación presenta variaciones notables entre sus diversas áreas. Aunque la zona con mayor número de hambrientos es la de África del Este, los porcentajes más altos se dan en la del Centro y Sur, en tanto que la Occidental es la menos afectada tanto en términos absolutos como, sobre todo, porcentuales.

Si analizamos el problema con una perspectiva temporal, hay que destacar que, durante las dos últimas décadas, el África Subsahariana es la zona del mundo donde el número de desnutridos más ha aumentado (el porcentaje ha bajado sólo un poco), en abierto contraste con los fuertes descensos tanto absolutos como relativos registrados en Asia.

Si descendemos a un análisis por países, cabe destacar que los dos con mayor población hambrienta son India, con 221 millones, y China, con 142 millones. En la primera mitad de los años 90 ambos países, sobre todo China, experimentaron una disminución del número de hambrientos. En la segunda mitad de los 90 esta tendencia cambió: en China continuó disminuyendo, pero de forma mucho más reducida, mientras que en la India se apreció un significativo incremento.

En términos porcentuales, resulta revelador constatar que, de los dieciocho países de todo el mundo que en 2000-2002 tenían un porcentaje superior al 35% de población desnutrida, quince eran países del África Subsahariana. Treinta países de la zona

tienen más de una quinta parte de su población desnutrida. Los casos más graves son los de Eritrea y la República Democrática del Congo, que superan el 70%, seguidos por otros como así como Burundi, Sierra Leona, Zambia o Mozambique. Muchos de estos países, además de ser africanos, están o han estado recientemente en guerra.

Si hasta ahora hemos hablado del peso del hambre en general, debemos ahora hacer mención más concretamente de las hambrunas como procesos de crisis alimentaria. En los primeros años de esta década han existido períodos de hambruna en lugares como Centroamérica o Afganistán. No obstante, las principales hambrunas se han centrado sobre todo en dos zonas de África, el llamado cuerno de África (sobre todo en Etiopía) y el África Austral.

En el caso de ésta última, unos 16 millones de personas han sufrido una grave merma en su acceso al alimento durante 2001 y 2002, problema que ha continuado posteriormente en Zimbabwe, Malawi, sur de Mozambique y Angola. Ciertamente, en los primeros tres años de la década los países del sur del continente han sufrido sequías, inundaciones y unas condiciones climáticas erráticas, lo cual provocó una disminución de la producción agrícola, sobre todo de maíz (en especial en Zimbabwe, donde en 2002 fue un 65% inferior al promedio de los cinco años anteriores). Ahora bien, también a principios de los años 90 la zona se vio asolada por graves sequías, que no tuvieron sin embargo un grave impacto en términos de aumento de la miseria o de la mortalidad por hambruna. Diferentes estudios señalan que, por el contrario, la crisis alimentaria de estos últimos años está siendo diferente a otras anteriores, mucho más destructiva, así como más compleja y estructural. En efecto, esta crisis responde no sólo a problemas climáticos puntuales, sino que ha sido largamente gestada por una combinación letal de varios elementos, que han incrementado la vulnerabilidad de amplios sectores sociales como son: el fracaso económico y la pobreza crónica, el mal funcionamiento de los mercados agrícolas, una mala gobernación política, la falta de servicios y políticas en beneficio de los pobres, y, sobre todo, el fuerte incremento en las tasas del VIH-SIDA.

Evolución cronológica y perspectivas

En las últimas décadas se ha registrado un cierto avance, aunque modesto y desigual, en la reducción del hambre.

En lo que se refiere a los países en vías de desarrollo, es innegable que se ha experimentado un notable avance en cuanto al porcentaje de personas desnutridas respecto al conjunto de la población: en 2000-2002 representaban un 17%, mientras que en 1970 eran un 35%. Sin embargo, el descenso de la cifra absoluta de hambrientos y hambrientas en esos países ha sido decepcionante: entre 1990-92 y 1995-97 el descenso ha sido de sólo 40 millones. Además, tal descenso en realidad se debe a que un grupo de 37 países redujo su desnutrición en 100 millones, mientras que el resto de los países pobres aumentó su contingente de personas hambrientas en 60 millones.

Más preocupante aún resulta el hecho de que, según los últimos datos ofrecidos por la FAO en 2003 y 2004, en los países en vías de desarrollo el número de hambrientos y hambrientas ha aumentado en la segunda mitad de los 90, esto es, entre 1995-97 y 2000-2002, en 28 millones de personas. Esto implica que se ha roto la tendencia antes existente hacia una disminución progresiva. Queda por ver si se trata de un repunte esporádico, o el inicio de un mayor deterioro del problema.

Además, el avance experimentado a escala mundial en las últimas décadas ha presentado grandes diferencias geográficas y sociales, habiendo países y sectores

que han quedado al margen de los mismos y que, por tanto, siguen necesitados de la ayuda internacional. Aunque la región de Asia y Pacífico continúa siendo la que alberga más personas hambrientas (algo lógico al ser la más poblada), es también la que ha registrado unos avances más espectaculares, gracias al incremento de su producción agrícola y a su prosperidad económica. De este modo, en 2000-2002 contaba con 519 millones de personas desnutridas, lo que representaba un 16% de su población, frente a un 32% en 1979-81.

La evolución más negativa ha sido la del África Subsahariana. Aunque su porcentaje de personas hambrientas ha experimentado un muy ligero descenso, el número total de éstas no ha hecho sino incrementarse. Esto se explica, en parte, por ser la única región del mundo en la que, durante las últimas décadas, la producción alimentaria ha crecido menos que la población, lo cual es fruto de diversos problemas estructurales que arrastra: un acelerado crecimiento demográfico, la propensión a las sequías, el destructivo impacto de sus numerosos conflictos armados, el bajo nivel tecnológico y formativo, la falta de políticas públicas a favor de la agricultura familiar (en particular de las mujeres), la marginación de la economía de la región en el marco de la globalización neoliberal, etc. Pero el aumento del hambre debe verse como consecuencia no sólo de la merma de los suministros alimentarios, sino más bien del aumento de la pobreza y la pérdida de poder adquisitivo, que limita la capacidad de comprar alimentos por parte de las familias y de importarlos por parte de los países. De este modo, sólo una parte del déficit se ha cubierto por importaciones comerciales, mientras que el resto se ha traducido en un aumento de la ayuda alimentaria y, en la medida que ésta ha sido limitada, en una reducción del consumo *per cápita*.

En cuanto a las previsiones para el futuro, digamos, en primer lugar, que existe una viva discusión en torno a si el mundo dispondrá o no de suficientes alimentos en las próximas décadas. Algunos autores, que podríamos denominar como *pesimistas*, señalan que el crecimiento demográfico, la degradación medioambiental y otros factores provocarán una escasez alimentaria global que se traducirá en grandes hambrunas. Otros, los *optimistas*, subrayan que el cultivo de tierras hoy sin explotar y la aplicación agrícola de la ciencia y tecnología modernas permitirán un progresivo incremento de los recursos alimentarios. Da la impresión que los argumentos de estos últimos son más verosímiles de cara a las próximas dos o tres décadas, si bien a un más largo plazo la disponibilidad de alimentos presenta ciertas incertidumbres (Pérez de Armiño, 1998).

En cualquier caso, esos debates se refieren sólo a la existencia o no de un abastecimiento alimentario satisfactorio a nivel mundial, medido en términos *per cápita*. Ahora bien, hay que subrayar que, si bien éste es necesario para superar el hambre, en modo alguno es suficiente. De hecho, al igual que en la actualidad existen suministros suficientes para cada ser humano (unas 2765 calorías por persona y día), también en el futuro esa disponibilidad de alimentos que se prevé suficiente estará acompañada por el hambre. En efecto, en base a las tendencias recientes (económicas, agrícolas y demográficas), la FAO estimaba a principios de ésta década que en el año 2015 el hambre seguirá afectando todavía a 690 millones de personas, la mayoría en el Sur de Asia y el África Subsahariana. Ahora bien, dado que los últimos informes de la FAO sobre *El estado de la inseguridad alimentaria en el mundo* (correspondientes a 2003 y 2004) hablan no de una disminución, sino de un aumento reciente del hambre, cabe temerse que la cifra final puede ser sensiblemente superior a esa.

En cualquier caso, la evolución de la situación presentará, como hasta ahora, fuertes diferencias geográficas. El conjunto de los países en vías de desarrollo sufrirá en el año 2010 un déficit en la producción de alimentos un 10% mayor que el de 1990, por lo que sus importaciones de cereales deberán aumentar desde los 90 millones de toneladas hasta los 160 millones o los 210 millones, según las fuentes (Alexandratos y

De Haen, 1995:361). Ahora bien, no todas las regiones dispondrán de poder adquisitivo para importar alimentos con los que cubrir su déficit, por lo que su ciudadanía más pobre seguirá sumida en el hambre.

Los mayores avances se registrarán en Oriente Próximo y Magreb, América Latina y Este de Asia, zonas en las que la desnutrición caerá hasta el 6%. Por el contrario, el África Subsahariana será la única región en la que la situación alimentaria empeorará, alcanzando para el año 2010 los 300 millones de personas hambrientas, debido a la persistencia de los problemas que le afligen y que ya se han mencionado.

En este sentido, diferentes tendencias económicas, políticas, ecológicas y demográficas hacen pensar que se incrementarán las diferencias económicas entre países y grupos sociales, y que los más pobres verán empeorada su situación. La globalización y liberalización de la economía, aunque puedan generar un crecimiento a escala mundial, previsiblemente perjudicarán a los países y campesinos y campesinas más pobres (gran parte de ellos de origen africano), por cuanto éstos carecen de ventajas comparativas con las que competir en el mercado internacional. El cambio climático y, como consecuencia, la degradación medioambiental y la sequía, afectarán sobre todo a los climas tropicales y a los suelos frágiles (característicos sobre todo del continente africano), y mermarán los medios de sustento de los campesinos y pastores pobres, los cuales explotan tierras marginales poco productivas al tiempo que disponen de menos recursos materiales, formación y apoyo estatal para adaptarse al cambio y mejorar sus explotaciones. Las altas tasas de crecimiento demográfico de los países más pobres, sobre todo en África (que doblará su población para el año 2025), también contribuirán a mermar el desarrollo económico, el bienestar y el acceso al alimento. Igualmente preocupante resulta la tendencia al incremento de las llamadas Emergencias Políticas Complejas (con su mortífera combinación de guerra civil, hambruna y epidemias) que seguirán creando crisis alimentarias agudas y necesidad de acción humanitaria en las zonas más convulsas de África y Asia Central.

En conclusión, todo indica que el problema va a persistir, e incluso existe el riesgo de que se agrave. En cualquier caso, su solución dependerá en gran parte de que dispongamos de las herramientas conceptuales necesarias para analizarlo correctamente, así como de que, como consecuencia de lo anterior, se implementen políticas y medidas adecuadas para afrontarlo. A estos dos aspectos, explicación teórica de la seguridad alimentaria y políticas de seguridad alimentaria, se dedican los dos siguientes temas.